



Gerhard Heller
Recuerdos de un alemán en París
1940-1944
Crónica de la censura literaria nazi
durante la Ocupación

Prólogo de Fernando Castillo
Traducción de Juan Carlos Durán

PREFACIO

Cuando desde Éditions du Seuil me pidieron que ayudase a Gerhard Heller a reunir en un libro sus recuerdos de la ocupación en Francia, no me era del todo desconocido. Ya en la biografía de Camus, escrita por Lottman; la de Drieu, por Grover y Andreu; la de Mauriac, por Lacouture o en los *Diarios* de Ernst Jünger y de Paul Léautaud me había encontrado con el personaje y me había intrigado.

¿Quién era pues ese teniente Gerhard Heller, *Sonderführer* de la *Propaganda-Staffel*, sita en el número 52 de la avenida de los Campos Elíseos —desde noviembre de 1940 hasta julio de 1942, y después desde esa fecha hasta agosto de 1944—, agregado a los servicios literarios de la Embajada de Alemania? ¿Qué recuerdos había conservado de sus años de ocupación en París en los que su trabajo de censor de la literatura le había llevado a conocer a los principales escritores de entonces y a convertirse en amigo de algunos de ellos?

Así pues nos conocimos en su casa de Baden-Baden, donde vive con su mujer Marie-Louise desde el final de la guerra. Ese hombre que, durante sus cuatro años en París, leyó, como censor y consejero de escritores y editores franceses, alrededor de ochocientos libros de nuestra literatura, continúa viviendo en una casa llena de libros de todas las literaturas europeas, de los que un buen número ha sido traducido o editado por él.

Juntos remontamos el curso del tiempo hacia esos años tan sombríos para nosotros los franceses pero en los que, para él, hu

bo mucha luz y amistad unidas al horror y a la angustia.

«Tuve mucha suerte —me dijo— de vivir esos años de guerra en París y con esa misión.» Esa suerte fue también la de los escritores y editores franceses, que encontraron en Gerhard Heller al más comprensivo y amistoso de los interlocutores.

Esa comprensión y esa amistad las encontré yo mismo durante las largas horas que pasamos juntos, escuchándonos e interrogándonos mutuamente. Tanto que, a veces, nos era difícil distinguir en nuestro trabajo la aportación de cada uno de nosotros.

Por esa razón, el «yo» que se emplea en este libro es fruto de nuestra colaboración; incluso si la voz que habla es, por supuesto y por encima de todo, la de un alemán que ama Francia y a los franceses: nuestro amigo Gerhard Heller.

Jean Grand

EL DESCUBRIMIENTO DE UN HOMBRE

Nací en Potsdam, el 8 de noviembre de 1909. Mi padre era originario de Brandeburgo y mi madre de Silesia, al pie del Eulengebirge, una región que siempre me gustó. Quien no conozca esa comarca no puede imaginar la belleza y la suavidad del paisaje y de sus habitantes.

Vivíamos pues en Potsdam, mis padres y mis tres hermanos pequeños (que sobrevivieron todos a la guerra). Mi padre era un modesto empleado público y mi madre realizaba trabajos de asistencia social a ancianos y enfermos. Los dos consagraron sus vidas a educar a sus cuatro hijos, y vivíamos algo hacinados en un modesto piso.

La ciudad de mi infancia sigue estando para mí llena de maravillas. Rodeada de parques y frondosos bosques, atravesada por el río que se ensancha en ciertos puntos hasta formar lagos a los que vienen a posarse los patos y las ocas salvajes, las voces de la naturaleza están por todas partes. Pero hay también maravillas realizadas por los hombres, desde el castillo de Sans-Souci, con su gran parque a la francesa, hasta el barrio holandés, pasando por las viejas calles alemanas de estilo gótico o barroco, las casas a la italiana o los monumentos neoclásicos, todos los estilos se mezclan armoniosamente.

Otra mezcla asombrosa marcaba también a la población en sí: la de ese pueblo prusiano, tan profundamente germánico, con toda la aportación francesa, por influencia cultural —durante el siglo XVII y sobre todo en el XVIII—, pero sobre todo por la llegada de los hugonotes, expulsados de Francia por la revocación del Edicto de Nantes.

Muchas familias llevaban apellido francés: Disqué, Bassenge... Era normal hablar en francés hasta en los sermones del templo reformista, en ciertas ocasiones. Se recibía con agrado a estudiantes franceses durante las vacaciones, igual que se acogía con alegría cualquier propuesta de estancia en Francia. Sin embargo, ese país seguía siendo nuestro enemigo ancestral, y así lo sentí desde mi primera infancia.

Mi primer recuerdo se remonta al mes de agosto de 1914. Tenía cuatro años. Estábamos de vacaciones en casa de mis abuelos, en Silesia, al pie del Eulengebirge, que ya he mencionado. Tuvimos que volver a Potsdam en tren. Todavía me siento como ese niño pequeño, angustiado entre la multitud de hombres ebrios de entusiasmo y mujeres llorando. En los abarrotados pasillos, recuerdo que unos soldados me cogieron en volandas y me llevaron hasta el servicio. Tengo ese recuerdo profundamente grabado y, hace poco, volvió en un sueño, provocado por nuestras conversaciones, como una de las fuentes de esa angustia que tan a menudo encuentro a lo largo de mi vida.

Algunas imágenes emergen del sombrío océano de los años de la guerra: las banderas ondeando en las calles, en los momentos de victoria en el frente, que desaparecieron después; las colas a las puertas del cuartel con la escudilla para pedir sopa a los soldados, en 1918. Miembros de un «consejo de obreros y soldados» en la estación de Potsdam, durante la sublevación espartaquista de noviembre de ese año, pidiendo a mi padre, que volvía uniformado de Berlín, que se quitase su insignia y sus hombreras.

Cuando cumplí doce años, entré a formar parte de un grupo del Movimiento de la Juventud, la *Jugendbewegung*. Tras la guerra de 1914-1918, floreció en Alemania toda una serie de organizaciones que pretendían agrupar a los jóvenes. Reivindicaban la autonomía de la juventud y una ética naturista (la marcha, la acampada, los cánticos y la camaradería ocupaban un lugar de importancia).

Debo mucho a esta adhesión. Éramos un pequeño grupo de auténticos amigos y todavía hoy conservo algunas de esas amistades. Recorrimos a pie casi todas las regiones de nuestro país. Muchos caerían más tarde en otros caminos, en Polonia, en Francia o en Rusia, y a esos, los que me robó la guerra, los echaré siempre de menos.

En 1920 ingresé en una escuela secundaria. Para mi desgracia, estaba orientada especialmente a las ciencias y las matemáticas, asignaturas para las que yo era un auténtico incapaz. A pesar de ello pude compensarlo con mis buenas notas en alemán, en francés y en música y matricularme en la universidad en Berlín; pero en 1928 enfermé (reumatismo con complicaciones cardíacas). Tuve que realizar una cura de reposo en una casa de salud para jóvenes, en las montañas de Turingia, en pleno bosque.

Uno de los tres monitores se llamaba Horst Wessel. Nadie entonces podía pensar que se convertiría en un héroe del partido nazi y que daría su nombre al himno que, a partir de 1933, formaría un todo indisoluble con el *Deutschland über alles*: el *Horst Wessel Lied*. Hijo de un pastor berlinés, era estudiante y, para ganar algunos marcos, trabajaba como monitor de colonias infantiles durante las vacaciones. Procedía, como yo, del Movimiento de la Juventud¹, Wandervogel, pero pertenecía igualmente a dos organizaciones de estudiantes, una en Viena y la otra en Berlín. Era simpático, dinámico, muy cercano, se paseaba con nosotros, comía con nosotros y nos enseñaba a jugar al billar.

Mi estancia en aquella residencia se prolongó bastante, así que llegué a compartir con Wessel una gran terraza acristalada, con grandes ventanas que daban a la montaña. Por supuesto, hablamos alguna vez de política, pero por aquella época no llegué a enterarme de que ya pertenecía a las SA. Recuerdo sin embargo que, con ocasión de un corto viaje a Berlín, nos dijo: «Me he puesto mi uniforme en los lavabos del tren».

Todos los jóvenes que estábamos allí le apreciábamos mucho; nos gustaba especialmente oírle cantar y aprender con él una melodía (con letra totalmente anodina) que más tarde descubrí que se había convertido en el himno nacionalsocialista².

A finales de 1928, cuando volví curado a Potsdam, Horst Wessel me llamó por teléfono: «¿Te interesaría escuchar un discurso del Führer?». Era una de las grandes manifestaciones que se celebraban en el Palacio de los Deportes en Berlín. Le respondí: «Sí, me interesa». Vino a esperarme a la estación de Berlín para llevarme al Palacio de los Deportes. Después nos separamos. Por aquel entonces no era más que un nazi de base. Era la primera vez que escuchaba al Führer y me conmocionó bastante porque, aunque me sentía ajeno a ese entusiasmo de masas y a esos desfiles de camisas pardas, también pensaba, como la mayoría de los alemanes, que Hitler decía cosas acertadas sobre la situación de Alemania tras la Primera Guerra Mundial. Pero gracias a la formación que recibí de mi movimiento juvenil, todavía podía conservar un espíritu crítico y no adherirme incondicionalmente a las ideas y al entusiasmo nazis. Más tarde, cuando seguía trabajando para mi grupo en Potsdam, tuve dificultades con las Juventudes Hitlerianas, y aquello se convirtió en un obstáculo para continuar mis estudios en Berlín.

No volví a ver a Horst Wessel pero, en 1930, el primer día de mis exámenes

¹ Aunque el grupo de Horst Wessel se denominaba «Bismarckjugend».

² La melodía del Horst Wessel Lied está tomada de la ópera Joseph del compositor francés Étienne Mehul, autor del Chant du départ!

para aprobar el bachillerato, al pasar por una calle de Potsdam delante de la sede de un periódico, vi a un grupo de gente leyendo un diario de Berlín expuesto en el escaparate. En los titulares se leía en letras de molde: «Estudiante nazi asesinado». Era él, y para mí fue la señal de que la política interior de Alemania adoptaba un aspecto sangriento que me repugnaba profundamente.

En Berlín comencé pues mis estudios universitarios de Filosofía y Psicología; también estudié Historia y Lenguas germánicas y románicas (sobre todo francés y un poco de italiano).

Elegí pasar el primer trimestre del año 1932 en la Universidad de Heidelberg, esa alta institución del espíritu alemán, todavía a salvo de la influencia nazi.

Justo antes del triunfo de Hitler en 1933, nos reunimos durante un semestre unos cincuenta o sesenta jóvenes pertenecientes al Movimiento de la Juventud, en Fráncfort del Meno, en una casa para estudiantes llamada *Musikheim*. Había sido construida por un arquitecto moderno para impartir cursos pedagógicos especialmente destinados a formar profesores en los pueblos. Creamos allí una especie de universidad libre, al margen de las estructuras oficiales; ofrecíamos una gran variedad de cursos que impartían profesores de diferentes universidades y participaron entre otros, por ejemplo, el teólogo Gerhard Kittel y el físico Werner Karl Heisenberg. Allí nos enteramos, el 30 de enero de 1933, del nombramiento de Hitler para la Cancillería.

Discutimos mucho de ello, interrogándonos sobre los cambios que ese acontecimiento iba a traer a la vida del país y a nuestras propias vidas. Sin duda, nuestros movimientos de juventud serían suprimidos o absorbidos por las Juventudes Hitlerianas. ¿Qué haríamos entonces? Como otros, yo deseaba mantenerme lo más alejado posible de cualquier movimiento nazi; no me sentía maduro todavía para enfrentarme abiertamente. Otros tenían la intención de entrar en grupo en las SS. No por convicción ideológica, sino que pensaban que, entrando así, *in corpore*, podrían influir en el Movimiento e introducir cambios. Pronto debieron reconocer que habían sido unos ilusos, pero para entonces sería demasiado tarde: salir de la maquinaria después de haber entrado era casi imposible y, en todo caso, muy peligroso.

En cuanto a mí, tuve la suerte de escapar a todo eso. Un día, a finales del verano de 1933, mi amigo Carl Rothe, con el que nos volveremos a encontrar, y al que había conocido en el Movimiento de la Juventud, me hizo llamar. Tenía cierta influencia en la Oficina de Intercambios Universitarios. Esa Oficina existía desde hacía unos años. Karl Epting la dirigiría en París hasta la guerra. Rothe me dijo: «¿Serías capaz de aprender italiano en quince días?». Lo dijo un poco en broma, pero también era una oportunidad extraordinaria de escapar a la inscripción en la organización estudiantil nazi. «Te basta con pasar un pequeño examen, y pasarías el curso escolar en Pisa.» Yo había aprendido suficiente italiano como para hacerme entender en Italia, así que conseguí aprobar el examen. Me marché un mes antes del principio del curso, para tener tiempo de perfeccionar un poco la lengua antes empezar las clases.

Así pues, en octubre de 1933 entré en la Scuola Normale Superiore, similar a la que existe en la calle Ulm de París, y de hecho fundada sin duda por Napoleón. Era una institución fascista, por supuesto, pero, como se decía en aquel entonces: «*Fascista ma non troppo*». Acogía a becarios de todas las regiones de Italia, entre los que se forjaron muchas amistades. Yo tenía un condiscípulo alemán, Hermann Bengtson, estudiante de historia antigua, quien después llegaría a convertirse en un especialista internacional y en rector de la Universidad de Wurzburg. W. Theodor Elwert, quien más tarde sería profesor

de lengua italiana en la Universidad de Mainz, era nuestro lector en lengua alemana.

Los tres éramos antinazis. Sin embargo habíamos tenido que viajar una vez a Livorno, a una reunión del partido, porque estábamos obligados a figurar en las listas de la organización del partido nacionalsocialista en el extranjero. Aquel encuentro en Livorno no tuvo nada que ver con una auténtica reunión del partido; fue más bien una reunión amistosa de alemanes residentes en Italia.

En junio de 1934 volví a Alemania. Me detuve primero en Locarno; quería visitar la tumba del poeta Stefan George, en Minusio. Había muerto a finales de 1933; entre los discípulos que asistieron a su entierro, y entre los que llevaban el féretro, se encontraba el conde Claus von Stauffenberg (el autor del atentado del 20 de julio de 1944 contra Hitler). Stefan George fue uno de mis poetas más queridos; a través de él conocí a Baudelaire y Mallarmé, que tradujo ejemplarmente. Fue quien mejor me introdujo a la «Francia, dulce tierra», como había escrito en su poema *Tierra de los Francos*. Iba pues emocionado a inclinarme sobre su tumba y a meditar su mensaje de rigor y heroísmo, pero también de amor apasionado por la poesía cuyo «único sortilegio mantiene la vida despierta». Cuando abandoné el cementerio, un viejo guardián me detuvo y me dijo: «Es curioso, desde que yace aquí ese hombre, vienen jóvenes como usted con un libro bajo el brazo (los poemas de George), permanecen un momento en silencio ante su tumba, y se van con la expresión grave». Yo fui uno de ellos.

En Bâle, cerca de la frontera, fui a saludar a unos amigos suizos. Me dijeron: «No vuelva a Alemania, quédese con nosotros». Era el 30 de junio, después de la famosa «Noche de los cuchillos largos» en la que Hitler ordenó ejecutar a los jefes de las SA. Yo tenía cita en Heidelberg con un amigo, y no quería faltar. Al pasar la frontera, todo me pareció tranquilo. Era domingo. Se veían familias pasear por las praderas en flor; las alondras subían y bajaban en el plácido cielo piando ebrias de sol. En Heidelberg, mi amigo me relató la horrible masacre.

Meditando sobre ese siniestro presagio, sentía cómo se modificaban mis proyectos de futuro. Primero había pensado en continuar mis estudios, pero ¿cuál sería ahora la atmósfera en Alemania? Le había cogido el gusto a vivir en el extranjero y, de hecho, era evidente que las puertas de la universidad se me habían cerrado por culpa de mis problemas con las Juventudes Hitlerianas debidos a mi antigua pertenencia al Movimiento de la Juventud. Era mejor para mí abandonar de nuevo mi país, si era posible.

En septiembre, todos los estudiantes de intercambio se reunían cerca de Berlín para conocerse entre ellos y compartir experiencias. Durante la reunión, alguien me dijo: «Debería hablar con Epting, me parece que está buscando a alguien para Toulouse». Debo dejar claro que algunas personas, como mi amigo el escritor Carl Rothe, futuro secretario general de la Asociación de Escritores Europeos, profundamente antinazi, deseaban que fuesen estudiantes como yo los que viajaran al extranjero. Así impedían que los nazis se amparasen de esos puestos. De hecho, a menudo, los responsables de los países de acogida deseaban igualmente recibir a gente que no fuera nazi. Pude alcanzar a Epting en la estación.

«¿Puedo aspirar a ese puesto de Toulouse?». «Inmediatamente. La plaza está libre si la quiere. Basta con pasar un pequeño examen de idioma.»

Pasé el examen en Berlín, con el director del Instituto Francés. Estaba tremendamente nervioso, completamente bloqueado. Ni siquiera recordaba cómo se traducía «finir par». Sin embargo, aprobé, y estuve dando saltos de

alegría hasta el momento de mi partida.

En octubre de 1934, atravesé París sin detenerme, en dirección a Toulouse, donde pasaría todo el curso escolar 1934-1935. Me relacioné con estudiantes franceses, especialmente con algunos germanistas, pero también con ingleses y checos; una pequeña Europa fraternalmente unida, antes de que nos separaran los grandes conflictos. Entablé amistad especialmente con Alex Aronson, originario de Breslau, que había abandonado Alemania por ser judío. Eso me planteaba de hecho un problema de conciencia, ya que teníamos prohibido relacionarnos con judíos. Aunque no admitía esa prohibición, no habría tenido valor para oponerme abiertamente; pero sabía que en Toulouse no controlaban mis amistades. Aun así, nos vimos bastante hasta el final de mi estancia y nuestras conversaciones reforzaron aún más mi oposición interior frente al nazismo. Junto a Aronson y algunos otros pasamos unas maravillosas vacaciones de Navidad en Andorra, en Soldeu, que todavía era en aquel entonces un auténtico nido de águilas.

Realicé también algunas escapadas a París, especialmente en vacaciones de Semana Santa, y fue allí donde, por primera vez, asistí a una conferencia de Drieu La Rochelle, que acababa de escribir *La comedia de Charleroi* y de pasar una semana en Berlín con las Juventudes Hitlerianas. Me encontré, en esa misma conferencia, con Otto Abetz. Venía, como yo, del Movimiento de la Juventud y aquello establecía un lazo entre nosotros, a pesar de nuestras diferencias de opinión y de las importantes responsabilidades que ya ostentaba. Estaba muy implicado en las operaciones políticas del acercamiento franco-alemán y se había casado, en 1932, con la francesa Suzanne de Bruycker, secretaria de Jean Luchaire³.

³ Luchaire, nacido en 1901, conoció a Abetz, entonces todavía socialdemócrata, en el verano de 1930 en Sohlberg, en la Selva Negra. Se convirtió en su socio francés en la tarea de acercamiento franco-alemán y, más tarde, con su apoyo, se encontró en los Juegos Olímpicos de Berlín y en el Congreso de Nuremberg. Desde el otoño de 1940, Abetz le confió la dirección del diario vespertino *Les Nouveaux Temps* y después la presidencia de la Corporación Nacional de la prensa francesa. Detenido en Italia en 1945, Luchaire fue fusilado el 22 de febrero de 1946.